

Ensayo mínimo sobre la palabra poética y la protección simbólica de la infancia

María Emilia López

El arte era un juego color de avellana, los niños armaban las palabras que tienen repique al final, luego lloraban y gritaban la estrofa, y le ponían las botitas de las muñecas, y la estrofa se volvió reina para morir un poco y la reina se convirtió en ballena y los niños corrían y se quedaron sin cena.

Tristan Tzara.

En: "Uno dos tres cuatro cinco seis siete manifiestos Dadá"

¿Cómo hablar de la primera infancia sino a través del arte, del juego, del lenguaje? ¿Cómo nombrar la riqueza de crecer sin amarrarnos al vínculo amoroso entre niños y adultos? ¿Es posible ignorar que ellos, los bebés y los niños pequeños, son los seres que más intensamente ejercen la creación de sentido, la expansión imaginaria, y a fuerza de esas prácticas logran construir sus pequeños países biográficos, donde llegan a reinar a pesar de la fragilidad humana inicial?

La experiencia del lenguaje está relacionada directamente con la protección simbólica de la infancia. El bebé es un ser de lenguaje que nace arrojado a un mundo de lenguaje, que él ignora. El grito, el llanto primigenio es un procedimiento de supervivencia no solo física, ligada al respirar; el grito es el primer gesto sonoro que pone al niño en estado de conversación con los otros, y que le permitirá, más tarde, aprender su lengua materna y los diferentes juegos y cantos que esculpe la voz humana hablante, dominando el aliento, la respiración, el ritmo, el tiempo, definiendo una gama sonora propia, reconociendo las de los otros.

El grito dice muchas cosas, complejas, vitales; el grito pone de manifiesto toda la potencia y a la vez toda la dependencia, la fragilidad con que se nace. Pascal Quignard dice que *"El movimiento del nacimiento, en el instante natal, transforma un feto vivo y flotante y que nada dentro de un envoltorio lleno de líquido en un niño vivo bruscamente desecado en el viento exterior, bruscamente enfriado, sin lengua humana aún, que lanza al aire una proliferación de soplos absolutamente nuevos, separado para siempre del cuerpo de la madre, aislado, cuerpo reciente e-mocionado de un cuerpo anterior, abandonado por él, tirado a la tierra, que muere si no recibe ningún socorro. La madre fuera de sí, eso es cada niño"*¹.

¹ Quignard, Pascal (2017) *El origen de la danza*. Interzona, Buenos Aires. Traducción de Silvio Mattoni.

Una vez separados, con el nacimiento, la madre y el bebé (que tiene de ella el mejor de los recuerdos, porque fue acariciado por su voz, porque obtuvo continuidad de la experiencia gracias a esa voz y ese ritmo repetidos, porque percibió la belleza en forma de suave líquido que mece y arropa, porque se balanceó entre las ondas magníficas de su líquido amniótico, y que fue lanzado fuera de ella por el nacimiento) comienzan ambos a ejercer un nuevo modo de comunicación, de psiquismo a pisquismo. Construyen vasos comunicantes que les permiten lograr nuevamente alguna homeostasis, reconociéndose uno en el otro. Comienza a nacer el lenguaje. El bebé tararea para reproducir las palabras que escucha de su madre, de su padre, de las figuras amadas que lo protegen y le dan simbolismo humano. Tiñe de emociones esas producciones sonoras, por eso el balbuceo es musical, porque la emoción trastoca la línea llana de la voz.

Antes de que sus producciones de lenguaje tengan significado, el bebé las nutre de melodías variadas y afectos; del grito a la melodía; por eso tararear es el modo más pertinente que he encontrado para definir al balbuceo.

Sabemos que ese sentido que precede a la significación se lee en el rostro, otra vez, de la madre, del padre, que son los rostros humanos capaces de fijar, con sus presencias repetidas, la idea de lo humano con todos sus haceres y formas posibles de las interacciones humanas. Y ese procedimiento entre rostro, lenguaje y comunicación de psiquismo a pisquismo es la base del trabajo de la lectura convencional, es decir la que hacemos con los libros. Desde este punto de vista, es evidente que el lenguaje es una experiencia ligada directamente a las interacciones. Pero vivimos un tiempo muy complejo, un tiempo que atenta contra las interacciones humanas, rostro a rostro, voz a voz. Un tiempo que desliga al lenguaje del juego, de la afectividad, de la empatía con el otro. Lo contemporáneo está atento a lo individual, la dialogía se desvanece. Es un tiempo sin otro. Pobreza en las interacciones vinculares y en las experiencias de lenguaje y tacto humanos, escasas interacciones reales. Y eso, para los bebés y los niños pequeños, es casi catastrófico. No en vano aparecen rasgos patológicos cada vez con mayor frecuencia. Vivimos una época sin melodías, en la que el lenguaje pierde su tarareo, porque solo atiende a la comunicación en su sentido menos interesante, apenas informativo.

Las interacciones humanas son reemplazadas por las máquinas. El tiempo intersubjetivo se altera, la mirada conjunta decae, la voz va perdiendo su potencia psíquica. Jorge Larrosa se refiere a la voz de este modo: *"La voz (...) no es otra cosa que la marca de la subjetividad en el lenguaje. Y la voz es esa experiencia, esos avatares que hacen que los que hablan y los que escuchan, los que dan y los que reciben, sean unos sujetos concretos, singulares y finitos, de carne y hueso, y no sólo máquinas comunicativas (emisores y receptores de significados) o máquinas cognitivas (codificadores y decodificadores de información). La voz, entonces, sería como la cara sensible de la lengua, esa que hace que la lengua no sea solamente*

inteligible, que no esté toda ella del lado del significado, que no sea solamente un instrumento eficaz y a transparente de comunicación, que no sea sólo una voz mecánica, sin nadie dentro."²

Pero, ¿qué hacen hoy los niños pequeños sin la voz del otro? ¿Cómo crecer con un lenguaje sin voz?, ¿qué operaciones son posibles para garantizar el derecho al lenguaje de crecer?

Un secreto, tal vez, se esconde en la poesía, en el juego como práctica poética. El niño que ingresa en el territorio del lenguaje se amamanta de voces cercanas; si la textura de esas voces se vuelve amorosa y lúdica, deviene poética. La voz que vehiculiza musicalidad también otorga seguridad afectiva, con sus infinitas resonancias, también con lo inefable; ese es el lenguaje de crecer, y esa voz es materia del poema.

"La poesía y el arte están de camino a lo distinto"³, ellos se encargan de romper con lo obvio, descalzan los anteojos con los que estamos acostumbrados a mirar la realidad. La metáfora es lo que alimenta la posibilidad de una nueva realidad, hecha de desplazamientos de sentidos, de incomodidades para la percepción perezosa.

Dice Fabio Morábito que *"a cambio de proveernos de lenguaje el idioma materno suprime aquellos sonidos que le son ajenos, como si en el niño tuviera lugar una lucha entre todos los idiomas, y aquel que se corona vencedor procediera de inmediato a abolir la menor huella de los otros. (...) Pero algo en nosotros no olvida la dicha de esos balbuceos, cuando tal vez fuimos creativos como nunca. La poesía, con su ruptura de la uniformidad semántica y poética, es la mayor tentativa de revivir esa libertad articulatoria, ese paraíso del que fuimos expulsados por el idioma que hablamos. (...) Un poema es una ruptura de la dicción acostumbrada, un balbuceo liberador, la reminiscencia de un idioma –el verdadero idioma materno- proveedor de todas las articulaciones posibles"*⁴.

Por eso, aportar a la vida de los bebés y niños pequeños nanas, arrullos, coplas, poemas y juegos de lenguaje, historias y oportunidades para imaginar de a dos es una forma de contribuir al buen desarrollo emocional, a la seguridad afectiva, que podríamos traducir como salud mental, y es también ofrecer un territorio para el aprendizaje de los ritmos propios de la literatura y el arte en general, una brecha hacia la libertad.

El escritor Gustavo Martín Garzo, a quien admiro, dice: *"no creo que la literatura esté en peligro, ni pueda estarlo nunca, al menos mientras sigan existiendo los niños. Por una sencilla razón, porque los niños no pueden vivir sin relatos. Sus madres y padres lo saben y por eso no dejan de hablarles, incluso cuando son tan pequeños que es obvio que no pueden entender lo que les dicen. No importa, ellos han nacido con un instinto que les permite*

² Larrosa, Jorge. "Aprender de oído". Intervención en el ciclo de debates Liquidación por derribo: leer, escribir y pensar en la Universidad, organizado por La Central en Barcelona durante abril de 2008.

³ Byung Chul-Han. *La expulsión de lo distinto*. Herder. 2017.

⁴Morábito, Fabio. *El idioma materno*. Sexto piso, México. 2014.

*reconocer las palabras que merecen la pena, aunque no las entiendan. ¿Y qué otras palabras pueden merecer la pena sino las que nos proporcionan placer?*⁵

En este caso, yo no estoy tan segura de lo que dice Martín Garzo. Los padres y las madres contemporáneos les hablan muy poco a sus hijos, algunos no les hablan, otros no los escuchan, otros no saben que pueden tratar de conocerlos. Y no es porque sean malos padres, o malos maestros en el caso de la escuela, se trata de otra cosa. El lenguaje sufre hoy una de sus peores crisis existenciales, y si algún resquicio queda para su salvación, ese brote está en la poesía, en la literatura, en el arte, en el pensamiento.

Contra esa indigencia de este tiempo, saturado de las leyes del mercado, el lenguaje también tiene que defenderse para no ser arrasado en su complejidad y belleza humanas. Por eso, los niños necesitan de nosotros como volcanes poéticos capaces de enlodar sus mundos con las palabras del juego, de la sinrazón, del aire; palabras-ballena, palabras de otros mundos.

El derecho a la palabra poética es tan básico como el derecho a la comida, eso nos hace humanos. Y esa es una responsabilidad adulta, que quienes trabajamos en este campo debemos ayudar a sostener. Por eso, producir comunidad alrededor de los bebés y los niños pequeños, a través de los libros, los cantos, los cuentos, los juegos, es una forma de cuidado afectivo, cultural y poético. Quien cuida al que cría, protege a la humanidad.

Este texto se cita así:

López, María Emilia (2018) "Ensayo mínimo sobre la palabra poética y la protección simbólica de la infancia". En: *Arte, palavra e leitura na 1ª Infância*. Autores varios. Instituto Emilia. San Pablo, Brasil

⁵ Martín Garzo. Gustavo. *Una casa de palabras*. México. Océano, 2013.